

## Marco

### I.

La inercia del plomo muerto y casi descoyuntado ejercida sobre sus brazos en un segundo fugaz esperado o inesperado le había hecho recordar el día en que Fabio la despertó de la penumbra que subsiguio a la muerte de su padre. Ahora el niño se le había convertido en cadáver, el tránsito del ser a la materia inerte había sucedido sin que los cimientos de ningún templo pestañearan, ni tan siquiera los de aquella consulta improvisada en medio de la naturaleza salvaje. Era su primer muerto, el primer muerto clínico. Lo supo por el peso. Es un ligero matiz, el del cuerpo aún en sus postreras constantes vitales, en la travesía efímera del ser al no estar en él, piel antigua de reptil que queda como vestigio de un templo que ha albergado sin saberlo su último culto. Sin saberlo porque uno, aunque la muerte aún diste, desconoce, mientras lo hace, que será la última vez que hace el amor o la última vez que juega entre amigos un partido de fútbol; la última que ve a su hermano, a su padre o a su vecino. Desconoce cuáles serán sus últimas palabras, cuál el último enunciado, el contenido de la última referencia a través del idioma a la realidad mundana que abandona. Volveré enseguida, buenas noches, tengo frío –Cristo dijo tengo sed–, te quiero o te esperaré allá donde vaya (más sublime y epitáfico). Se desconoce si es el azar quien las gobierna, o si, en cambio, subyace en ellas una simbología de ultratumba que queda como legado para los familiares o para quienes sufren la pérdida.

–Se nos ha ido, Marco, el pequeño se nos ha ido.

La doctora Varela compungió el semblante y delegó toda repercusión en Marco Repetto, como si de alguna manera su compañero pudiera justificar cuanto ocurría en el poblado o en toda la comunidad, no digamos en todo el Perú. Judit Varela no era consciente de que había aterrizado en Sepahua confiriéndole a Repetto un estatus omnipotente de cicerone. Al chico lo habían llevado demasiado tarde al ambulatorio, sus padres habían muerto en un ajuste de cuentas. Una bala desacertada se le incrustó en el abdomen. Cuando lo descubrieron, la vida se le derramaba por aquel desagüe de odio ajeno.

–Mañana le darán sepultura –contestó Repetto, que besó a Judit en la coronilla, tomó al crío entre sus brazos y se alejó con él hasta perderse en el vano oscuro que dibujaba, al fondo, el pórtico de la parroquia.

El padre Piedad ordenó a las hermanas misioneras que se ocuparan de recomponer el cuerpo del niño para que rezumara serenidad y no desgarró antes de que la tierra lo engullera por la mañana. Había anochecido, pero las sombras del poblado no impidieron la improvisación de un velatorio que fue ganando calor humano conforme las horas penetraban en la lenta madrugada. La comunidad había ido crispándose progresivamente con ínfulas de rebelión o venganza y el padre Piedad tuvo que llamar al orden e invocar el perdón divino a los enemigos, pero debió conformarse, sin embargo, con la tensión creciente de un silencio retador.

–Al niño lo mataron los nuestros –sentenció una voz agazapada entre el gentío.

- Y también a su papá y a su mamá –añadió otra voz contigua.
- Ojo por ojo, hermanos, y el mundo quedará ciego –apostilló el sacerdote.
- Mejor ciegos que no muertos. Usted a lo suyo, padre, y nosotros a lo nuestro.

Ezequiel Llamas había llegado a Sepahua tres años antes, procedente de la Universidad de Lima, en calidad de investigador y con el propósito de iniciar el trabajo de campo de tres estudios sociológicos que perfeccionarían su airosa tesis doctoral, publicada a comienzos de los ochenta. Pudo haberse marchado al cabo del primer año, pero decidió quedarse en la comunidad para gestionar lo que él había denominado el proyecto de coordinación ideológica entre la Universidad y el alma ancestral del pueblo peruano.

Marco Repetto y Ezequiel Llamas se habían visto las caras algunos años antes, en España, en un coloquio aún clandestino que había aglutinado a activistas anticapitalistas, detractores del imperialismo norteamericano, pacifistas y ecologistas, todos en un hotel de escasa alcurnia de Madrid para dibujar las líneas de oposición a la entrada de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Desde entonces, Repetto no había perdido el contacto con Llamas. A través de comunicaciones postales y en muy contadas ocasiones mediante llamadas telefónicas a cobro revertido el peruano lo había mantenido al día de sus incursiones en el organigrama docente de la Universidad de Lima, que se había instalado desde hacía algunos años en la plasticidad moldeable de un intrusismo pueblerino que acogía a cualquier esbirro que se prestara sólo con la condición de comulgar con el régimen ideológico revolucionario. Cuando Repetto le envió un telegrama urgente, redactado en clave rogatoria, Llamas no dudó en ofrecerle asilo político en el Perú de sus investigaciones sociológicas, al amparo de que sus progresos en la comunidad nativa de Sepahua se convirtieran en el salvoconducto de una posterior irrupción en Lima.

Por la mañana, Ezequiel Llamas no había asistido a los sepelios del niño y sus progenitores; ni tan siquiera se dejó ver en la tertulia avinagrada de sombras chinescas de la madrugada. Marco Repetto conocía el significado de aquella ausencia y no dudó en solicitar a la doctora Varela que lo acompañara al día siguiente al despacho que Llamas había improvisado como sede asamblearia en el poblado.

–Es el momento de encauzar la rabia –dijo Llamas. Marco pestañeó. Judit masticó el silencio y, desconcertada, observó el semblante sereno de los dos hombres.

–¿Qué rabia? –interrumpió ella.

–La del pueblo, joven, la del pueblo –repuso Llamas–. Ellos ya conocen el camino, tienen el mensaje. Aun así no resultará fácil porque desde arriba van a facilitarles armas para la lucha. Ese argumento siempre ha sido más poderoso que el nuestro. Los hemos encauzado para la satyagraha, pero el dolor de las muertes que acumula Sendero los disuade a la hora de adoptar una actitud tan pasivamente enérgica en la que no creen porque desconocen el poder de su alcance.